



Orense 3 de Noviembre de 1916

Sr. D. Pedro Dorado Montero
Salamanca

Muy señor nuestro: Este Comité ha acordado significarle su agradecimiento, sintiendo mucho que su mal estado de salud le impida aceptar nuestro ofrecimiento para intervenir como acusador privado en la causa por los sucesos del Río.

Mucho nos congratularíamos que llegue a restablecerse por completo.

Con gusto aprovechamos la presente ocasión para reiterarnos de v. atentos admiradores y ss. ss.

El Presidente,
Manuel Toroa



g. e. s. m.
Por El Comité:
El Secretario,
Félicer Pérez



NUEVO TAMBO

PERIÓDICO SEMANAL

Propietario, Don Lino García Vázquez

ADMINISTRACIÓN, Y REDACCIÓN, PLAZA DE JOSÉ G. BARBÓN, IMPRENTA

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Verin,	UNA peseta al trimestre
Fuera de Verin,	1'25 id. id.
Extranjero,	2'00 id. id.
Número atrasado,	0'20 id.
No se devuelven los originales aunque no inserten.	

TARIFA DE ANUNCIOS

De dos líneas,	0'50 pesetas al mes
De cuatro,	1'00 id. id.
De seis,	1'25 id. id.
Comunicados y avisos,	0'15 céntimos lín.
Idem repetidos,	0'10 id.

Principal causa

DEL MALESTAR SOCIAL

Pueden en algo las instituciones políticas y las reformas legales corregir el malestar social que nos aqueja; pero remediarlo enteramente nunca lo podrán, mientras no se ataque el mal en su raíz; es decir, mientras no se mejoren las costumbres.

Que la corrupción de costumbres sea una fuente de perturbaciones sociales, y muy especialmente la causa principal de la postulación de las clases obreras, es una verdad que salta á la vista.

Para mejorar su suerte, las clases proletarias necesitan de la ayuda de los ricos tanto como de su esfuerzo propio. Ahora bien, habiendo corrupción de costumbres, ni viene la ayuda ni se produce el esfuerzo. Lo cual es muy fácil de comprender.

Si el rico es vicioso, buscará, ante todo, su propia satisfacción. Tendrá que darse ahora este gusto, luego este otro, sin nunca colmar sus locos deseos.

Y como las pasiones cuestan mucho dinero y exigen mucho tiempo, será vano esperar del rico vicioso que pase algunas horas en compañía de los humildes y de algún socorro á favor de alguna obra social. Antes bien, si es patrono, procurará sacar de sus operarios el mayor trabajo posible, dándoles lo menos que pueda, sin consideración alguna para su dignidad ó necesidades.

El rico vicioso, cualquiera que sea la pasión que lo domine, se torna siempre en egoísta feroz. No le conmueve la miseria del prójimo. No conoce ni visita al pobre. No tiene fuerzas ni vida sino para el ídolo de su pasión.

Nada, pues, ó muy poco puede esperar el obrero del rico consumido de vicios. Mas ¿que será de ese mismo obrero, si no enfrena sus propias pasiones?

Aun con la ayuda de los poderosos el obrero vicioso no logrará mejorar su suerte. ¿Que será,

pues, de él, si no tiene ni ayuda ni moral?

Cuando las clases proletarias se entregan al vicio, en vez de progresar degeneran lastimosamente.

Dos peligros principalmente acaban al obrero: el licor y la carne; es decir, los dos cuerpos más terribles de la humanidad.

La borrachera y la lujuria roban el honor, la tranquilidad, las fuerzas y la salud.

Más aún: matan la raza, y esta consecuencia es la más fatal de todas.

El hombre borracho ó impúdico no tiene gusto al trabajo; sus vicios no le dejan ahorrar; su familia, si la tiene, vive en el mayor desorden.

¿Pensáis que un obrero entregado á algunos de esos vicios puede acrecentar su patrimonio, hermosear su casita, comprar algún terreno, asegurar el porvenir de sus hijos? No; aunque se le duplicase su jornal, su casa no estará mejor arreglada ni sus hijos andarán más limpios. Antes, aumentarle el sueldo será acelerar su ruina.

Los vicios son un abismo sin fondo en que todo se pierde: bienes y honor, familia y patria.

La vida moral y arreglada es, por el contrario, la fuente de bienestar y de felicidad.

A los dos años de guerra

Dura ya mucho el triste espectáculo. Aun los que somos nada más que espectadores nos vamos cansando y nos parecen un poco aburridas las jornadas del drama, y largas en demasía.

Los autores han creído que por muchos personajes y muertes que hubiera en escena sería más dramática la representación, y lo han hecho de verdad, vertiendo ríos de sangre, capaces de ahogar á los pocos espectadores que quedamos sin intervenir en

la trama, y no han conseguido sino cansarnos y asquearnos.

Sí, porque en verdad que es para tanto y mucho más contemplar á las naciones que se decían y siguen llamándose las más civilizadas, dirimir sus contiendas como el más rústico gañán, á golpes y navajazos. Y no contentos con ellos, traen para que les ayuden y vean cómo son los civilizados, á todos los pueblos y tribus, más ó menos salvajes, á los cuales impusieron el yugo de la servidumbre y dominación, con el pretexto de que siempre andaban en lucha y de camorra.

Y vieron estas gentes de color traídas de todos los confines del mundo, que los hombres blancos, que fueron á sus selvas á predicarles la paz y el sosiego del trabajo, son más feroces que ellos y menos racionales, producen catástrofes y mortandades más horrendas y se odian entre sí con más sanguinario odio que las tribus de la selva.

Yo no sé el caso que harán ya del misionero blanco cuando vaya á predicarles con el Crucifijo en la mano el amor fraternal en nombre de Jesús, que murió en la Cruz por amor de todos. Lo menos que le dirán es que comencemos nosotros por darles ejemplo de lo que predicamos.

¿Y esto después de veinte siglos de Cristianismo, en que el sacerdote y el pueblo todos los días se desean la paz en el inoportuno sacrificio de la Misa con las mismas palabras que eran el saludo de Jesús cuando moró entre los hombres! ¿Y todavía se lee el Evangelio que habla de la reconciliación fraterna y dice que se deje la misma ofrenda ante el altar y vayamos primero á pedir perdón á nuestro hermano ofendido!

Pero no es la civilización con Cristo la que causa la guerra, sino la civilización lejos de Cristo. Porque, digan lo que quieran unos y otros, la dulce y amorosa figura de Jesús había sido, por brutales manos hermanas de

aquellas que en la Cruz le clavaron un día, arrancada de los códigos morales, de las cátedras y de las escuelas, de los Tribunales y de los Parlamentos y del fondo de las conciencias de todos los que ahora se pelean. Crímenes contra el Crucificado por amor todos tenían sobre sí, y los están purgando. ¡Tremendos eran cuando no son para borrarlos y lavarlos tan grandes ríos de sangre!

Pidamos perdón para todos; protestemos del crimen de lesa cristianismo y civilización que cometen las naciones en guerra é invitémosles á que depongan las armas y los odios y se den el brazo de hermanos.

D. G.

De gran utilidad

La importantísima BIBLIOTECA JURÍDICO-ADMINISTRATIVA ha publicado un libro de notoria utilidad y práctico, como todos los suyos.

Con el título de *Legislación de Obras públicas* ha dado todas las leyes, reales decretos, reales órdenes y cuantas disposiciones han dictado los poderes públicos acerca de Obras públicas, Ferrocarriles, Tranvías, Ferrocarriles secundarios y estratégicos, Carreteras, Caminos vecinales, Construcción y reparación de templos, etc.

En esa obra, con la doctrina de los tribunales, notas, concordancias é índices alfabético y de materias que facilitan su consulta, se halla cuanto se ha publicado y está vigente en la actualidad sobre materias de tanto interés para el fomento de las obras públicas en España.

Su autor, conocido é infatigable propagandista de nuestra legislación vigente D. Juan Bautista Catalá y Gavilá, merece el aplauso de cuantos necesitan conocer legislación tan difusa como la de *Obras públicas*, presentada hoy con la diáfana claridad que distingue en todos sus trabajos al ilustre Director de la Biblioteca Jurídico-Administrativa.

Esta necesaria y utilísima obra se vende en las principales librerías de España, al precio de 8 pesetas en rústica y 9 en tela; los pedidos pueden hacerse á su autor don Juan Bautista Catalá y Gavilá.—Desengaño, 26, 1.º, dcha. Madrid.

Los vendemos al mismo precio en esta Imprenta.

VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

La tragedia de San Cristóbal de Riós

Las primeras noticias.—Como ocurrió el suceso.—Francisco Prado y Domingo Ferreira, muertos.—José Luis, herido.—Los asesinos entregan a la Guardia civil, convictos y confesos.—El pueblo quiere lyncharlos.—Algunas reflexiones sobre los datos recogidos.—No hubo provocación por parte de los interfectos, y, por lo tanto, no existe la necesidad de repeler la agresión.—Los agresores, padre é hijo, fueron a la fiesta prevenidos.—Los detenidos son conducidos a la cárcel pública de Verín.—Responsabilidades de Sola.—Sola no oye consejos, ni obedece indicaciones del Excmo. Sr. D. Luis Espada.—«Nuevo Támeга» vidente.—La redención del ayuntamiento del Riós.—El agrarismo redobla sus energías.—Una lápida.

Estaba prevista. Nadie que conociese la tirantez de relaciones entre el Secretario, D. Plácido Silva, y el Ayuntamiento de Riós, podía dudar de que, tarde ó temprano, ese nudo gordiano, sostenido por el capricho del cacique Sola, había de romperse, dejando amargas huellas y llevando el luto á algunas moradas.

La noticia circuló por esta villa en la noche del día 17, llegando á nosotros la versión siguiente, que al principio recogimos con alguna reserva, pero que, el día 18, parece haberse confirmado en su mayor parte y á la cual nosotros concedemos verosimilitud, por ser referencias oídas á distintas personas.

Habíase terminado ya la fiesta que anualmente se celebra en la Tropa el día de la Virgen de los Dolores, á la cual acude siempre gran golpe de gente de todos los pueblos del ayuntamiento de Riós, y marchaban por la carretera de las Ventas, conversando con sus familias, seis agrarios de los que repetidas veces fueran blanco de las injusticias del secretario.

Delante, y á poca distancia, marchaba un carro de bueyes que, por la pesadez de su marcha, fué alcanzado fácilmente por aquellos, que iban los dos interfectos delante, enseguida el herido José Luis y Jacinto Prado, y en último término Emilio Ferreira y Jorge Prieto. El Ferreira, que había excedido algo en la bebida, al reconocer al secretario, hubo de decirle: «E logo, chacho, ¿ves d'a festa? ¡Lástima non viñera aquí ó ladron d'o médico. Haeis de morrer os dous». Y no nos extrañan ciertamente esas palabras, pronunciadas por un hombre, un tanto excitado por el vino, que ha sido cruelmente perseguido y vejado por este secretario, llegando al punto de obligarle á pagar cinco trimestres de matrícula, sin dar conocimiento, á pesar de tener en su poder la baja firmada por el mismo funcionario, desde 1915, cuya reclamación tiene pendiente ante el Sr. Delegado. Es natural, pues, la indignación.

Tales palabras tuvieron por contestación un disparo de arma de fuego hecho por Gerardo Silva, hijo del secretario, y seguida y casi simultáneamente otros varios, hechos por el padre, pues el revólver del hijo no pudo seguir funcionando, como se comprobó, al ser ocupado por la Guardia civil.

Los primeros disparos fueron dirigidos á Emilio Ferreira, el cual, perseguido y dando brinco y haciendo zizás hasta alcanzar á sus compañeros, pudo librarse de su puntería. En este momento los otros, que iban delante, volviéronse á mirar, y entonces el agresor hizo blanco en Francisco Prado de Florderrey y en Domingo Ferreira de Riós, los cuales recibieron, el primero un tiro, que entró por el cuello y salió por el hombro, y al escapar herido, otro que tuvo entrada por la espalda y salió por el pecho; y el segundo ó sea Domingo Ferreira, un tiro en el brazo, otro en el antebrazo y otro, que le entró en el pecho por delante del sobaco

y que quedó alojado en la cavidad torácica. La bala encontrada estaba revestida de cobre, lo cual prueba que el disparo no lo hizo el hijo, sino el padre, pues el revólver de aquel no cargaba estos proyectiles, que son de pistola *Browning*, que dicen haberle visto varios testigos.

Aparece también José Luis con tres heridas contusas, en la cabeza, las que fueron producidas, según informes, con un palo, por Roberto Salgado, que conducía el carro en que iban la familia de los agresores, tres hijos de Guardias Civiles del puesto de Riós, y doña Benita Plaza, hermana del médico de las Ferreiras, la cual, apesar de ir allí, dice que no ha visto que Emilio Ferreira hiciese ningún disparo de arma de fuego, como pretende asegurar D. Plácido Silva. Lo mismo que doña Benita, dice también Angel Blanco de Riós, que no es agrario, ó iba con su familia, unos diez pasos después de Ferreira, presenciando por tanto los disparos de los agresores y todo lo sucedido.

Quedaron tendidos: el cadáver de Francisco, el herido Domingo, que murió á los pocos instantes, y José Luis, que presenta las tres contusiones. Entonces los supervivientes y más gente que se encontraba presente trataron de lanzarse á ellos, pero los agresores, con muy buen sentido práctico, diéronse á la fuga hacia la Tropa, en donde quedaba la Guardia civil, á la cual se entregaron, convictos y confesos, y en presencia de los cuales, y á no haber sido su intervención, hubieran de ser *lynchados*. El Angel Blanco declara que el primer disparo á Emilio Ferreira, fué hecho por el hijo del secretario.

Esta es la versión recogida, y que, como decimos, parece revestir caracteres de veracidad, ya porque así la repiten varias personas, ya porque las reflexiones que vamos á exponer nos parecen dictadas por una lógica inflexible.

Y aunque la determinación de las circunstancias en que fueron perpetrados los crímenes, es de la incumbencia de los Tribunales que han de enjuiciar, vamos á cumplir con un deber de información, á la par que hacer públicas las consideraciones que creemos de esencial importancia para formar concepto del suceso.

Si los agrarios iban á esperar al Secretario para agredirlo, era forzoso suponer imprudente llevar allí á sus mujeres é hijos, que constituyen un lastre muy peligroso y una rémora para el desarrollo de un suceso de tanto ruido, como lo es, sin duda alguna, el asesinato de un hombre. Luego no podemos pensar en una premeditación por parte de ellos.

Pero aún hay más. El secretario, señor Silva, conocía lo mal que le querían los agrarios. Debía suponer entonces que su situación era violenta, y que, en cualquier ocasión, el choque era inevitable. ¿Porqué al verlos, á la seis y media de la tarde, no trató de aligerar el paso para que no le alcanzasen? Razón para creer que iba dispuesto á todo

evento. Los agrarios, por otro lado, no precisaban esperarle de día y en lugar tan próximo al pueblo de la Tropa, (en donde aún había muchos romeros, y, sobre todo, las fuerzas de la benemérita) sino que lo natural era alejarse de los poblados, dar tiempo á que fuese más de noche y acometerle, por ejemplo, cerca de las Ferreiras, ó en sitio parecido, por donde él tenía forzosamente que pasar. ¿No lo hicieron así, y el suceso se desarrolló en las circunstancias apuntadas? Forzoso es suponer la falta de preparación, que está demostrada con el hecho de que ni á los supervivientes ni á los interfectos se les ocupó ninguna arma de fuego, ni instrumento alguno capacitado para el objeto. Y esto mismo lo demuestra la circunstancia de que siendo los 6 enemigos, (que vamos á suponer predispuestos á la agresión) aparecen dos muertos y un herido en este bando, y, en cambio, el secretario y su hijo (que nosotros supondremos ajenos á lo que iba á suceder) resultan completamente ilesos, cuando lo natural era que los agresores, *prevenidos*, fuesen los primeros que diesen, y en mayor proporción, puesto que eran muchos contra uno. ¿Ó es, tal vez, que los agrarios eran sólo los dos muertos y el herido? En ese caso cae por tierra toda suposición contra ellos, puesto que, según informes, todo el pueblo de Riós, incluso la Guardia civil, sabe que no eran capaces de agredir á nadie, dadas las buenas cualidades que los caracterizaban.

¿Porqué el secretario y su hijo fueron á entregarse á la Guardia Civil que quedaba atrás? Porque allí estaban á salvo de las iras de la multitud indignada, y porque, además, confesando paladinamente su delito, buscaban imprimir cierta sencillez al acto, demostrar inocencia, á la par que preparar una legítima defensa. Si los agresores no dispusiesen de gran serenidad en ese momento, (como no dispone nadie que haya matado impremeditamente y por la fuerza de la defensa) ¿como, sin vacilar, fueron á darse presos? En los primeros instantes, la idea de sustraerse á la acción de la justicia es la única que acude á nuestro cerebro, aconsejada por el instinto de conservación. El Sr. Silva y su hijo, descargados todos los tiros de sus pistolas, conservaron la suficiente serenidad para meditar y concebir un plan. Es extraña esta actitud en quienes lejos de ser agresores son agredidos, y en los cuales, por eso, hay que suponer sorprendidos, y ofuscados, por lo tanto.

Además, es un caso insólito considerar que un padre y un hijo vayan á una fiesta en amor y compañía, armados ambos de pistolas con toda su carga. Hay además el detalle de que Cipriano Barreira, Tesorero de la Agraria de Riós, dijo en la fiesta (y esta manifestación la conocía el Emilio Ferreira) al sargento de la Guardia Civil que el hijo del Secretario traía un revólver. ¿Como sabiendo esto, había de decir el Ferreira lo que dejamos consignado, con intención de armar bronca, siendo así que ninguno de ellos llevaba arma alguna con que defenderse? Y que esto es así, lo prueba el hecho de que no se han defendido, que es más elocuente que todo lo que pueda decirse.

El agresor, padre, dice que él tuvo que defenderse del Emilio Ferreira, al cual dió un palo en la cabeza. Esta manifestación no se comprobó, pues fué reconocido por el Forense Dtor. Amoeiro, y ningún signo pudo observarse.

No somos nosotros de los que miramos indiferentes la desgracia ajena, y tenemos, por lo tanto, que contemplar,

apenados, la muerte de esos pobres campesinos, de igual modo que la desgraciada situación en que se encuentran el secretario del Riós y su hijo, hoy encarcelados por un momento de ofuscación. Para unos y otros hemos de tener nuestra compasión. Pero deberes de nuestra condición de periodistas obligánnos á hacer públicas las impresiones que podamos recoger del ambiente popular, para facilitar la acción de la justicia, á la cual venimos obligados á auxiliar en lo que podamos, á fin de que la verdad se esclarezca y caiga la responsabilidad sobre el verdadero culpable.

Y debemos preguntar: ¿Quién es aquí el verdadero responsable de esta gran desgracia? Nosotros, y con nosotros todas las personas sensatas, tenemos que reputar, como responsable moral, al cacique Sola que, encastillado en una fonda, no vaciló en sostener al Sr. Silva en la Secretaría de aquel ayuntamiento, contra viento y marea de todo el vecindario, desoyendo las órdenes del señor Espada, que, conocedor de los atropellos del Riós, así como de las hondas diferencias que existían entre aquel funcionario y el pueblo, en diferentes ocasiones le indicó la conveniencia de sustituirlo, llevando allí persona que pudiesen mirar con agrado los vecinos, ya que el Sr. Silva era un elemento divorciado de la opinión y constituía una alarma constante, que podía acarrear trastornos de verdadera importancia. Y no sólo hizo tabla rasa este repugnante monterilla de las indicaciones de su jefe, sino que, desaforado y saturado de vehemencias, desoyó el grito de la opinión y de los amigos, para sacrificar, á sus ambiciones y concupiscencias, la vida de dos padres de familia y la libertad y el porvenir de aquellos que, por su condición de empleados, debían obedecer ciegamente los mandatos de un cacique, que fiado en la suerte que le acompañó durante cuarenta años de atropellos é injusticias, olvidó la trágica muerte del alcalde de Laza, y, liada la manta á la cabeza, erigióse en dueño de vidas y haciendas, convirtiendo la política espadista en un nido de vampiros, á los cuales entregó, para el desempeño de sus cargos, una patente de corso.

NUEVO TÁMEGA ha dicho cien veces que la situación en Riós, Laza y Castrelo, era insostenible, y que, tarde ó temprano, tenía que sobrevenir la catástrofe, en la cual los caciques de esos Ayuntamientos habían de ser, necesariamente, muertos ó matadores, pues el abismo entre ellos y el pueblo sólo podía borrarse cubriéndolo de sangre.

Ya teneis realizados nuestros tristes augurios; ya la sangre ha corrido por las calles del Riós, llevando la ruina y el hambre á huérfanos inocentes; ya tenéis en la cárcel, camino de presidio, al funcionario impuesto por el odiado Sola; ya la pistola ha dicho la última palabra; ya el desdichado representante del espadismo ha triunfado, arrancado al plomo homicida la cruel sanción á sus ambiciones y deseos. Y de todo ello han quedado para siempre dos hombres en la fosa, dos encarcelados sin honra, varios huérfanos sin pan y en la conciencia de Sola... acaso el remordimiento de no haber querido evitar tanta desgracia.

Pero ha quedado aun más que todo eso. Ha quedado la redención de un pueblo que, con la sangre derramada, ha roto la onerosa y humillante coyunda que amarraba á los honrados hijos del trabajo al carro de las pasiones de un tirano. La redención del Ayuntamiento del Riós es un hecho. Los crímenes allí perpetrados son la resultante de las convulsiones de la tiranía, son

los síntomas de muerte de un cuerpo comatoso. El agrarismo tenía entablado un cuerpo á cuerpo con los caciques, y éstos, en su agonía, han buscado, para colaborar en su obra, el concurso de la muerte, que quiso romper lo que no pudo desatar. Y el agrarismo ha triunfado ya, porque esas víctimas, que han dado sus vidas en holocausto de una idea, han sellado con su sangre la alianza, cada vez más firme, de los hijos de la gleba; han bajado al lecho de la muerte, dejando en pos de sí el recuerdo de un sacrificio y el comienzo de la total liberación de un pueblo; han legado á la posteridad, han dado á los hijos del Riós, la ejecutria de su liberación; han convertido en libertos á los que siempre fueron esclavos. ¿Que importan sus vidas? ¿Que importan nuestras mismas vidas, ante el triunfo de una idea? Los hombres mueren, el ideal vive eternamente.

Todos los pueblos, al buscar su redención, han inmolado víctimas. Las grandes conmociones de la política, de la historia y de la religión han confiado al hacha del verdugo las cabezas de cien inocentes. El catolicismo, aun siendo una verdad axiomática, ha escrito el martirologio con la sangre de millones de inocentes; la Francia de Voltaire y de Ruseau ha hecho subir á la guillotina millares de aristócratas y de plabeyos, para buscar con el sacrificio su libertad. ¡Libertad, libertad!—, decía Madame Roland en el patíbulo— ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre! Y las libertades fueron conquistadas, y el catolicismo ha salido triunfante.

Así, el problema agrario en este distrito saldrá triunfante también, porque sus entusiasmos se han centuplicado, sus energías han cobrado mayores esperanzas, se han enardecido con el vaho de la sangre vertida, y es llegado el momento de cortar sus cien tentáculos á la hidra del despotismo, ya que la ley nos ampara, la razón nos asiste y son nuestras las fuerzas de mil brazos.

Los cadáveres de esos 2 honrados padres de familia nos miran desde la tumba, y aparecen sonrientes, al ver redimido al pueblo de sus amores; al contemplar á sus pequeñuelos disfrutando del aura de la libertad, que ellos no han podido saborear jamás; al ver que sus compañeros de lucha saben buscar la justicia para castigar á los culpables. No los abandonemos los que podemos seguir luchando; llevemos á sus tumbas una lápida, un recuerdo que perpetúe su memoria, y cuando ya la justicia haya dictado su fallo, y los delinquentes hubiesen recogido el premio de infamia tan cruenta, vayamos á sus sepulcros á decirles: «¡Dormid tranquilos, mártires sagrados! ¡Los jueces han sabido velar por los fueros de la verdad! ¡Ya estáis vengados!

Entierro de las víctimas

Tan pronto el digno Juez de Instrucción D. Avelino Espinosa, tuvo noticias de los crímenes de San Cristóbal de Riós, salió para dicho punto, acompañado del actuario Sr. Barjacoba, del forense Dr. Amoeiro y del médico titular de este municipio, Sr. Guerra.

En el lugar del suceso, miles de personas se hallaban al lado de los muertos, esperando la llegada del Juzgado y pretendiendo entrar á viva fuerza en la casa donde estaban los asesinos, custodiados por la Guardia civil, que se negaba á sacarlos de allí para conducirlos

á la cárcel de Verín, mientras la gente no marchase á sus respectivos pueblos, á fin de evitar un lynchamiento de las multitudes, que no serían capaces de contener los siete números de la Guardia civil, que allí estaban custodiando la casa.

El Sr. Juez de Instrucción, que no se dió punto de descanso desde su llegada, recibiendo más de sesenta declaraciones, dispuso entonces la conducción de los cadáveres al cementerio de Riós, en donde se les practicó la autopsia, y, con cruz alzada y numeroso clero, púsose en marcha todo aquel gentío, acompañando á los muertos, cuyo momento aprovechó la benemérita para sacar esposados á los delinquentes, de la casa donde se hallaban, y conducirlos á Verín.

Al llegar la comitiva fúnebre frente á la casa que habita el hijo político de Sola, todos pidieron al clero que se hiciese alto y se cantasen varios responsos, aunque no es costumbre, ansiosos de demostrar con ese acto, que el público se daba perfecta cuenta de que aquella desgracia era triste fruto de la perniciosa política de D. Vicente Sola.

En el crucero del pueblo, así como en el cementerio había banderas con negros crespones y coronas, en señal del duelo general.

En ninguna de las ferias del Riós, que acostumbran á ser muy concurridas, se ha visto tanta gente, como acudió allí el lunes—pues el vecindario de todo el ayuntamiento suspendió su trabajo como si se tratara del día de viernes Santo—para rendir el último tributo á las desgraciadas víctimas, que dejan en el mayor desamparo á sus pobres esposas y tiernos hijos.

Para remediar en algo la aflictiva situación de estas dos desgraciadas familias, abriremos en el número próximo, una suscripción popular, encargándose de recoger los donativos, para mayor facilidad de las personas caritativas que no quieran molestarse en enviárnolos, comisiones designadas en todos los municipios.

Dios conceda la gloria eterna á estos mártires del Agrarismo, y reciban sus desconsoladas familias la expresión sincera de nuestro profundo sentimiento.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES